

EL LENGUAJE

REVISTA DE FILOLOGÍA

AÑO I. NÚM. 8

OFICINAS: MAGDALENA, 27, MADRID

AGOSTO, 1912

LA LENGUA UNIVERSAL

III

(Continuación).

Lo ridículo anda casi siempre rondando a las puertas de lo sublime. No es extraño, por lo tanto, que el grandioso intento de establecer una lengua universal venga siendo objeto de tan repetidas burlas, sobre todo en nuestra tierra, donde no se toma en serio nada de lo que aun no haya salido de la esfera de lo especulativo, para entrar de lleno en el terreno de la práctica. En otras partes se preocupan más cuerdamente del asunto, unos en pro y otros en contra, pero se preocupan: pues sea como quiera, ya se considere como posible, ya como insania contagiosa, la aspiración y tendencia de la humanidad a establecer una lengua internacional es un hecho innegable y manifiesto cada vez con mayores y más evidentes muestras de eficacia. Y aunque la realización de este magno proyecto se halle aún en estado de *veremos*, cunde la idea, fermenta, y gana sin cesar nuevos y nuevos prosélitos en todas las clases sociales, contando ya con bastantes eminentes filólogo entre sus partidarios. Todavía, sin embargo, hay muchos lingüistas que la atacan, otros que permanecen en actitud expectante, y la mayoría de las gentes se muestra aun completamente ajena a esta cuestión.

En verdad que, bien mirado, lo que se ataca generalmente no es la idea, sino los proyectos particulares de su ejecución hasta

ahora presentados; y debemos apresurarnos a declarar que está lejos de nuestro propósito el defender ninguno de dichos proyectos. Sólo defendemos la posibilidad de que la obra se realice en cuanto se presente el proyecto acomodado a su grandiosidad. ¡Cuántos proyectos no se han visto fracasar, sin que fracasara el empeño, antes de llegar a realizarse! Colón fué un loco; Fúlton, un chiflado; Peral, un visionario; Ícaro un desdichado; Arkwright, un lunático: pero el camino de las Indias orientales, los barcos de vapor, la navegación submarina, la navegación aérea, el telar mecánico, son ya cosas vulgares que no llaman apenas nuestra atención.

Hay que distinguir. A cualquiera que haya admirado un magnífico vuelo de Védrynes, le parecería descabellada empresa la de remontarse con alas de cera como las de Ícaro. En todos los más gloriosos intentos, el fracaso de los primeros ensayos ha servido de argumento vulgarísimo para incluir entre las utopías lo que no se ha realizado por mero desacierto de ejecución. El fracaso repetido de diferentes ensayos ha sido argumento incesantemente aducido en todos los tiempos por doctos e ignorantes, para declarar utópicos tantos imposibles de antaño como ya vemos hoy realizados.

Algunas objeciones más o menos serias se vienen haciendo al intento generoso de establecer una lengua universal, un sistema completo de lenguaje para la inteligencia en toda clase de relaciones internacionales: objeciones que conviene desde luego rebatir, ya por la gran autoridad y prestigio de los autores que las formulan, ya también por la habilidad, o por la prudencia con que se hallan expuestas sus razones.

Planteado ya el problema en los números primero y quinto de esta revista, según nuestra manera de ver en el asunto, nos será más fácil resolver dificultades que parecen formidables a primera vista, y que deciden a eminentes filólogos a mantenerse en prudente reserva y a observar en actitud espectante y dubitativa.

La manera de plantear los problemas, hemos dicho y repetimos, influye mucho en su resolución. No hay, pues, que perder de vista el alcance y significación que debe darse a los caracteres de universalidad, unidad, perfección, &, que suelen exigirse exageradamente y contra naturaleza a la lengua internacional.

Algunos sociólogos y lingüistas combaten hasta la idea misma

de la lengua universal, declarando que es una *concepción retrógrada*, cuya ejecución, de ser posible, había de ser funesta; y sostienen que, en vez de facilitar el camino alentando y ayudando a los propagandistas de tan noble aspiración, se debe por el contrario favorecer la variedad creciente de expresión del pensamiento humano, que enriquece el patrimonio intelectual general, y que se afirma por la multiplicación actual, en lenguas diferentes, de producciones científicas y literarias, que tienen su sello, su valor, su encanto propios.

Esta argucia de pretensiones científicas, expuesta por Van Genep al tratar de la lengua internacional en su obra *Religiones, costumbres y leyendas*, cae por tierra en cuanto se repara en que no se trata de anular las lenguas naturales o históricas, sino de crear otra u otras nuevas lenguas, que aumenten esa variedad de expresión del pensamiento humano; otros nuevos moldes más apropiados, más perfectos, donde evolucionen las ideas; otra diversidad para la multiplicación indefinida de producciones científicas y literarias. Y dicho esto, vengamos ya a lo gratuito que contiene la suposición de que con una sola lengua no podría evolucionar perfectamente el pensamiento humano. Darnos ideas, que formas de expresión no faltan nunca.

Pero es más, la bondad de los sistemas de expresión influye en la buena dirección de nuestras ideas; pues como dijo el preclaro Benot en su *Arquitectura de las Lenguas*, «el hombre forma siempre sus concepciones nuevas de una manera concordante con sus signos». La bondad de un sistema representativo influye por eso decididamente en el desarrollo y progreso de la ciencia. Sin nuestras cifras de numeración decimal no pudieron imaginar siquiera los Romanos los prodigiosos cálculos de nuestros matemáticos, Balmes dice del Algebra que «debe todo lo que es a las expresiones de que se vale, a haber encontrado los signos más a propósito para la expresión de las ideas que forman su objeto».

Los sistemas de signos, y entre ellos las lenguas, son organismos que el hombre crea, transforma, desarrolla y perfecciona según le va aguijoneando la necesidad de expresar nuevos conceptos. De este modo han tenido su desenvolvimiento todas las ideas, de esta manera se han desarrollado y perfeccionado las palabras que son sus signos.

Pero la bondad de los signos influye, como hemos dicho, en la buena dirección de nuestras ideas. De aquí la necesidad de perfeccionar los sistemas del lenguaje; de aquí la importancia capitalísima del estudio y mejoramiento de las lenguas; de aquí la altísima conveniencia de que se inventen nuevas lenguas artificiales que, con signos más concordantes y más sabiamente sistematizados, abran mejores sendas y descubran más amplios horizontes al pensamiento humano.

¿No se ve palpable la injusticia y oquedad de Van Gennep y de los que con él combaten como *retrograda* y funesta la idea de la lengua universal, por oponerse a la expansión del pensamiento humano?

El mismo Gennep opina que las dificultades crecientes de intercomprensión se resolverán por una adaptación de la humanidad a condiciones nuevas; y que se irá generalizando y extendiendo cada vez más entre las personas cultas de todos los pueblos de la humanidad futura el aprendizaje de los principales tipos de lenguas naturales.

Pues a eso precisamente es a lo que aspiramos con la lengua universal: a ahorrarnos ese dispendio grandísimo, esa fatiga hercúlea, tan estéril. La humanidad tiende ingénitamente a la emancipación del trabajo y cuerdamente al aprovechamiento del tiempo, porque la vida es difícil y breve. Las cotidianas exigencias de la civilización ocupan hoy con exceso nuestra atención y nuestras energías, y es verdaderamente doloroso el tener que consumir siquiera un tercio de nuestra vida en el aprendizaje imperfecto de varios idiomas.

La lengua universal no supone la supresión de las lenguas naturales, sino en caso la de la expansión de éstas fuera de sus fronteras lingüísticas: y esto es lo que al parecer duele en grande a muchos interesados lingüistas y literatos.

Quizás el mismo comercio literario e intereses editoriales determinados se hallen por esto infundadamente recelosos y opongan sus resistencias, juzgando que hayan de resentirse sus particulares negocios. El fenómeno no ofrecería, después de todo, novedad ninguna. En la culta y comercial Inglaterra se ha visto apedrear a las primeras locomotoras que intentaron atravesar sus territorios.

Aun con los más ventajosos y evidentes progresos se quebrantan siempre intereses mezquinos (1).

También pudieran explicarse algunas oposiciones por la pasión de envidia, pues no hay que perder de vista la emulación, que no deja de ser causa frecuente de encarnizada guerra a determinados proyectos. Nunca faltan envidiosos que apedrean un árbol al sentirse ellos incapaces de trepar al alcance de sus frutos.

Otra objeción ya algo anticuada, pero que no dejan de repetir los adversarios del grandioso intento, se refiere a las dificultades de unificar la pronunciación.

Una lengua internacional—dicen—ha de tropezar, desde sus comienzos, con diferencias de pronunciación irreductibles, que se han de ir acentuando a medida que la lengua se vulgarice y se extienda fuera de los medios intelectuales en que la práctica de las lenguas extranjeras se halle extendida. Basta recordar el ejemplo de las lenguas muertas que, como el latín, han adquirido cierta difusión, limitada, sin embargo, a una clase social escogida intelectualmente. Bajo la influencia de diversas lenguas vivas, el latín ha adquirido diferentes tipos de pronunciación. *Cícero*, por ejemplo, que los latinos pronunciaban *Kikero*, según se cree, es pronunciado por los españoles *Zizero*, por los franceses *Sisero*, por los italianos *Chíchero*, por los alemanes *Tsítsero*. En Inglaterra es mayor aún la divergencia: pasajes clásicos de la *Eneida* recitados por un estudiante de Cambridge se hacen incomprensibles para un español, para un francés o un italiano que conozcan el latín.

(1) Los franceses hacen un gran comercio de librería. El libro francés encuentra hoy mercado en todas las naciones, y en todas partes es leído. Por esto vemos que muchos autores extranjeros publican ya sus obras en francés para asegurarse un contingente de lectores que no alcanzarían escribiendo en su lengua nativa. La lengua francesa está desempeñando ahora el mismo papel que desempeñó el latín en otros tiempos, cuando esta lengua muerta monopolizaba el comercio intelectual de los sabios. Francia no ha comprendido lo bastante el alcance de este resultado para la prosperidad de sus intereses. Ha sabido enriquecer asombrosamente su léxico, admitiendo sin dificultad en su lengua toda clase de neologismos y vocablos acarreados de otros idiomas; pero no ha tratado de mejorar su expresiva lengua haciéndola evolucionar siempre hacia lo más preciso, siempre hacia lo más sencillo, en su organización general, en sus estructuras gramaticales—donde subsisten enormes irregularidades—y sobre todo en su torpísima y complicada ortografía. Tal vez muchos eruditos, casi todos los editores y aun algunos gobiernos de Francia no han dejado de comprender lo mucho que convenía a sus intereses la evolución indicada, y han intentado reformas importantes para quitar tranquilas y evitar enreda-plumas enojosos, pero han encontrado una rémora en la Academia, han tropezado con ese freno que entorpece la buena marcha, haciéndola demasiado lenta. Los frenos son de grandísima utilidad para no precipitarse; pero no debe ir siempre viciosamente echada la garga.

Estas divergencias se han manifestado ya en el seno de las lenguas artificiales, y pueden ser nocivas a su comprensión internacional; y pese a las precauciones tomadas, esa disparidad de pronunciación no ha podido menos de provocar ya algunas molestias entre los esperantistas.

Ciertamente que refiriéndonos en concreto a determinados proyectos de lengua universal, al Volapük y al Esperanto, por ejemplo, habremos de reconocer que ni el abate Schleyer, ni el médico Zamenhof, sus respectivos autores, han sido discretos fonetistas, ni han tenido acierto en la elección de las letras adoptadas ni en las combinaciones de las mismas. Hay en dichas lenguas muchos sonidos confusos, varias letras equivocadas, y combinaciones silábicas inconvenientes.

Mas la fonética dispone hoy de medios para hacer una acertada selección de letras y para determinar y fijar la pronunciación de las mismas, en forma que no haya dudas ni titubeos, ni para el inglés, ni para el ruso, ni para el español, ni para el chino.

Es de sentir, dice Albert Dauzat, que todas las inteligencias, como todos los cerebros, todas las laringes, todos los órganos orales, no estén ajustados a un mismo molde o patrón, y que el lenguaje, en sus transformaciones fonéticas y semánticas, obedezca a contingencias fisiológicas y a relaciones de analogía creadas por la asociación de las ideas: éstos son hechos ante los cuales hay que inclinarse y con los cuales es preciso contar (1).

Pues bien, respondemos a Mr. Dauzat: hay que contar con estos hechos. Pero hay que contar con ellos, no solo con relación a la lengua universal, sino también respecto a las demás lenguas: y tales hechos no se oponen a que nos entendamos más o menos bien hablando, por ejemplo, el francés o el alemán, apesar de que ni en Francia ni en Alemania se hallan todos los cerebros igualmente constituidos, ni todas las gargantas de la misma manera talladas. No queramos hacer tan formidable en contra de la lengua universal, una objeción que puede aplicarse en la misma forma a la existencia innegable de cualquier lengua natural o histórica.

Vincent Muselli, otro contradictor de la lengua universal, escribe en *Le Spectateur* de Abril de 1910, pág. 174, lo siguiente: «Los

(1) En la Philosophie du Langage, pág. 49.

esfuerzos realizados en común por los partidarios de la lengua internacional confieren a su agrupación una especie de existencia profesional susceptible de proporcionar a su lengua en los comienzos un verdadero lazo lingüístico. Pero este carácter profesional y científico de toda lengua internacional que comienza, carácter que explica su éxito, no puede conservársele sino en tanto en cuanto no está aún formada y sirve para discutirse a sí misma. Ahora bien, los partidarios de la lengua universal no pueden fundar una lengua universal para que sirva únicamente a las discusiones sobre la lengua internacional. A medida que su lengua se difunde, a medida que se extiende, pierde necesariamente su carácter profesional y científico y encuentra así en su triunfo mismo las causas de su ruina».

No merece a la verdad refutación esta agudeza de Muselli. La objeción es de las que no hacen daño ni convencen a nadie, ni engañan por su ardid.

¡Que una lengua universal sólo puede tener éxito mientras sirve únicamente para discutirse a sí misma, pues una vez que se difunde pierde su carácter profesional (¿de discutirse a sí misma?) y encuentra así en su triunfo las causas de su ruina!

Eso no tiene solidez ninguna que deba rebatirse con razones. Sería lanzar un ariete contra el humo creyéndolo muralla.

No alcanzamos la agudeza de que una lengua se invente para discutirse a sí misma. Y en cuanto a que con la difusión pierda su carácter profesional, aun admitiendo que fuese necesario suponerle dicho carácter profesional, no comprendemos tampoco la razón que le obligue a perder ese carácter a medida que se extiende por el universo. ¿No tiene la Iglesia Católica una función docente, que ejerce en todo el orbe? ¿No cabe ya en el mundo otra jerarquía, si fuese necesaria, con esa misión docente de la lengua universal?

El mismo Muselli hace notar (en *Le Spectateur* de Junio 1909) el internacionalismo creciente de los diversos lenguajes profesionales, cada uno en un terreno diferente y en una dirección determinada. El italiano predomina en el tecnicismo musical; el inglés, en el lenguaje deportivo; el francés, en el del turismo y los hoteles. Y pudiera ser que en vez de una lengua universal se creasen varias que respondiesen cada una a necesidades internacionales muy distintas.

¿Y cómo se le ocurre a Muselli la posibilidad de una lengua universal para cada una de esas diversas necesidades internacionales, y niega la posibilidad de una lengua que responda a una necesidad común y más alta, sentida y deplorada por toda la humanidad, y que precisamente abarque en compendio y satisfaga por sí sola todas esas otras especiales conveniencias de intercomprensión?

Albert Dauzat apoya y desenvuelve más filosóficamente el argumento de Muselli en la siguiente forma. En cuanto sea hablada corrientemente por un gran número de individuos; luego que deje de ser el órgano de un grupo, la lengua internacional artificial sufrirá fatalmente la ley de las evoluciones divergentes, a la que estará siempre sujeta y tanto más expuesta cuanto mayor sea su éxito, y en razón de su misma extensión. Una lengua sólo puede conservar su unidad mientras sea órgano de un grupo social, mientras tenga una poderosa capital que juegue el papel de reguladora: el francés de París sirve de modelo, consciente o no, directo o con intermediarios, a todos los individuos que hablan el francés; lo que permite a dicha lengua, al evolucionar, conservar su unidad. Una lengua artificial, por el contrario, no poseerá ningún poder social regulador; ninguna metrópoli, ningún grupo tendrá preeminencia ni prestigio bastante para imponer a los grupos vecinos las evoluciones que se hayan producido en su seno y hacer que triunfen sus modificaciones.

Para contestar a Mr. Dauzat vamos a empezar asentando el principio de que toda evolución tiende al perfeccionamiento. Y a ese perfeccionamiento obedece sin duda toda evolución natural. Habiendo de ser los medios proporcionados al fin de las cosas, si a éstas las hallamos perfectibles, su fin ha de ser racionalmente la perfección, y hacia ella evolucionan, cumpliendo esa finalidad. Por esto vemos que cuanto mayor perfeccionamiento ha alcanzado una máquina, un sistema, un organismo, — y organismos son las lenguas — tanto menos perfectible es ya, y por consecuencia, tanto menos evoluciona. De manera que una lengua estará tanto menos expuesta a la evolución, cuanto más haya evolucionado ya, o cuanto más perfecta haya nacido.

De aquí se deduce que no toda evolución ha de ser por necesidad divergente; sino que cabe la evolución convergente. Hemos vis-

to evolucionar los sistemas de numeración y de módulos. ¿No se ha universalizado el de numeración decimal? ¿No se tiende a la unificación de los sistemas de pesos y medidas en el métrico decimal?

En la evolución lingüística observamos que algunas lenguas, al evolucionar, y a medida que se extienden mucho, divergen: pero también convergen otras, por efecto contrario, notándose una marcada tendencia, por Dauzat reconocida en su obra citada, a la desaparición de muchos dialectos, que van siendo absorbidos por los respectivos idiomas nacionales.

Y de la misma manera que la unidad de éstos depende al parecer de alguna gran metrópoli que juegue el papel de reguladora en los progresos de su evolución, así también, al extenderse una, lengua universal, puede subsistir un grupo social más poderoso que, consciente o inconscientemente, con intermediarios o sin ellos, sirva de norma a todos los demás grupos e individuos que hablen aquella lengua artificial, imponiéndoles con su prestigio, con su fuerza numérica, o por otras circunstancias, las modificaciones que se vayan produciendo en su seno.

Debe notarse también que la extensión de una lengua universal habría de ser hoy relativamente escasa, aunque se propagase a los más lejanos puntos de la tierra, por la constante relación en que se pondrían sus adeptos, ya que en el día, con la prensa, con el telégrafo, con el teléfono, con tantos y tan rápidos medios de comunicación, se han acortado tanto las distancias que casi están suprimidas para el comercio intelectual. Ya verdaderamente puede decirse que, en el orden intelectual, no nos separa otra frontera que la que debe derribarse con la lengua universal.

El argumento de la ley de evolución a que necesariamente se hallan sujetas todas las lenguas y de la que no podrá sustraerse tampoco la lengua internacional, no es, pues, más que un fantasma para asustar a cobardes; pero de fantasma no pasa.

Ciertamente que la lengua universal ha de evolucionar por necesidad, para luego morir, porque todo evoluciona y todo muere. Muchos esperantistas han comprendido la necesidad de esa evolución y han llegado a admitirla; los idistas la aceptan desde luego y procuran reglamentarla.

No vemos en esto dificultad ninguna. Podrá parecer problemático el que se logre reglamentar la evolución prevista, necesaria,

de una lengua artificial. ¿Y qué? Si la lengua no tiene condiciones evolutivas; si es tan inflexible que no se acomode a recibir esas modificaciones sucesivas y necesarias de la evolución, sucumbirá como el fénix, pero de sus cenizas renacerá otra nueva.

¿Qué sistema de signos, qué sistema de expresión hay en el mundo que no evolucione, que no se halle sujeto a esa ley universal y necesaria? El de la numeración arábica, por ejemplo, cuya universalidad es bastante satisfactoria, ¿no se habrá de sujetar ya nunca a la ley de evolución? Ya nos parezca que sí o que no; ya supongamos que ha de evolucionar o sucumbir, ese sistema de numeración está cumpliendo un fin, una misión de inteligencia universal. Luego filosóficamente no se puede negar la posibilidad de implantación más o menos duradera de un sistema de expresión, de una lengua, que alcance tanta universalidad como el sistema de la numeración arábica. No se necesitaría tanto para poder asegurar que el grandioso intento no se podía dar por fracasado.

R. ROBLES

(Continuará)

DIALECTOS CASTELLANOS
MONTAÑÉS, VIZCAINO, ARAGONÉS
POR
PEDRO DE MUGICA

En las principales librerías al precio de dos pesetas.

LENGUA Y LITERATURA ARGENTINAS

El tema no puede ser más tentador para quien ha pasado cerca de cinco lustros oyendo hablar un castellano estropeado y leyendo libros, folletos y periódicos, de los que se alejó, sin duda enojado, el elegantísimo corte del idioma español. Mas, aseverado lo que antecede, cabe afirmar, sin temor de verse desmentido, que media enorme diferencia entre lo que ayer se escribía y lo que se escribe hoy; los mismos que, por una mal entendida independendencia, hacen gala en sus conversaciones de ridiculizar el *amanerado* estilo de Valera o de Pereda, por ejemplo, liman y pulen cuando escriben lo que va brotando de su pluma, siquiera para que no aparezcan, con su firma al pié, dislates de aquellos que patentizan crasa ignorancia de las reglas mas elementales del buen decir.

Apuntar las causas del barbarismo, aun remante aquí en materias de lenguaje, me llevaría muy lejos. Me limitaré, por hoy, a indicarlas, dejando para otro día, si llega, el glosarlas con atención y documentarlas ampliamente.

Como causas principales pueden señalarse las siguientes:

1.^a Exajerado culto al idioma francés; la aparente facilidad de traducir palabra por palabra, engaña a los que no conocen a fondo ni la lengua de Bossuet, ni la de Ovalle. Y así se oye a cada paso «la fiesta tuvo lugar (*eut lieu*); por esto es que (*c'est pour c'éla que*); le dió un golpe de puño (*coup de poing*) etc., etc. Leyendo todo el santo día de Dios, o libros franceses, o libros castellanos pésimamente traducidos, ¿puede sorprender a alguien que, no ya el vocablo, el giro francés, se haya infiltrado en nuestras conversaciones y en nuestros escritos?

2.^a La independendencia a que antes me referí nos lleva, como de la mano, a no titubear nunca en materias de lenguaje; y así se

inventan verbos, ó de un verbo se hace derivar un sustantivo. Los que cometen tales desaguizados, son los que aseguran, suelta la lengua y en tono enfático, que el idioma castellano es pobre. ¡Como si la vida de un hombre bastara para conocerlo á fondo!

3.^a Los dislates de que están plagados los libros de lectura para las Escuelas primarias, y aun los de texto para la enseñanza secundaria; debiendo agregarse a esto, que no es poco, las incorrecciones que el menos avisado nota, en los supuestos *Trazos selectos* de ciertos autores que, si acertaron a pensar, no supieron escribir correctamente lo pensado. Las generaciones, pues, en formación, beben en aguas muy turbias la linfa transparente de nuestro gallardo romance. ¿Ejemplos? A cientos, por no decir a miles, pueden recogerse con solo hojear los libros que se ponen en manos de la juventud y de la infancia; y

4.^a La desbordante emigración que nos invade, trayendo todos sus peculiares lenguajes y dialectos, que, al mezclarse con el idioma del país, forman momentáneamente una arlequinada jerigonza, que del hogar va á la calle, encaramándose, no pocas veces, a las columnas de los periódicos populares. ¿Quién es capaz de poner vallias a tan besbordado torrente?

Sin embargo, repito lo dicho; hay gentes que desean hablar bien el español; hay periodistas, y esto que en su oficio hay faltas disculpables, que ponen especial empeño en escribir con cierto casticismo. Diario hay que ya arrumbó la palabra *changador*, sustituyéndola por la de *faquin*. Pocos días hará pude leer en un suelto de gacetilla, la palabra *febricitante* en lugar de *febriciente*.

«Poco a poco hila la vieja el copo», dice antiguo refrán, y en estos pulimentos suelen andar los pueblos muy despacio. A los despiantes revolucionarios de años atrás, va sucediendo el plausible deseo de hablar y escribir en buen romance; los mismos que antaño casi a gala tenían ser cultores de una jerga sólo comprensible en esta capital, ogaño se afanan por dar a sus frases el culto sabor a que aspiran los hablistas.

Pasando del vocablo y de la frase a la producción literaria argentina, bien puede asegurarse también, sin temor de verse desmentido, que ella es todavía muy escasa, a pesar de que éste es el país en que quizás hay más autores de un solo libro o folleto. Este fenómeno tiene para mí una explicación.

Es el argentino, por regla general, vivaz, de imaginación rica, y dotado, por ende, de un gran poder de asimilación. La juventud lee mucho, atropelladamente, sin orden ni concierto, y sin sujeción, por lo tanto, a ninguna disciplina mental; y con este bagaje literario, en la edad de las ilusiones y de los atrevimientos, ya se cree capacitada para enriquecer la patria literatura con algún fruto de su soñadora mente. La obra aparece, pero no se vende, y la realidad se encarga de demostrar al autor, que falta, para lo de casa, público, ambiente; y al recordar que fulano de tal, que se estrenó muy bien, y a quien la prensa colmó de elogios, dejó de escribir para dedicarse a más lucrativos quehaceres, y al convencerse de que vive en una tierra donde es *práctico* el que solo en terrenas cosas se ocupa, y *soñador*, sinónimo de loco y pobre, el que aislado quiere dar pasto a su espíritu, alejado del materialismo que todo lo afea, rompe la pluma con que escribiera su primer libro, y torciendo de rumbo, aplica su actividad a empresas, que si no han de llevarle de la inmortalidad al alto asiento, lograrán en cambio acrecer su caudal, rodeándole este solo hecho, de la estima de sus semejantes. «¿Cuándo hubo pobreza sabia, ni cuándo abundancia necia?»

A esto hay que agregar que aquí, como en España, no se olvida que «nadie es profeta en su tierra». José María Ocantos, novelista muy distinguido y muy simpático es más conocido fuera de su patria que en ella; Ugarte aun viviría en la penumbra si no hubiese cruzado el Atlántico; Angel de Estrada no sería quien es si no se alejara de cuando en cuando de su regia morada de la calle de Bolívar. ¡Y tantos otros! Porque ¿quién va a convenir en que es escritor de muchísimo talento aquel jóven que ni nos mira cuando pasamos por su lado, aquel hombre que, por el mero hecho de serlo, tiene sus defectillos, y su manera de sentir el arte y ver las cosas, en pugna no pocas veces con nuestro modo de pensar o de entender la vida?

Mas también en esto de la producción literaria hemos adelantado relativamente mucho en poco tiempo, pues dejando a un lado las osadas medianías, que suelen escribir de todo y sobre todo, sin saber nada de nada, hoy ya se publican obras en este país dignas de ser leídas y gustadas por los estudiosos, obras que, de ver la luz en nación más poblada y con habitantes menos dados a lite-

raturas forasteras, alcanzarían la circulación a que por su fondo y forma tendrían derecho.

Pugnan por salir nombres de los puntos de la pluma, pero pongo freno al deseo, para que estas líneas no se estimen como dictadas por personales simpatías. Lo que sí puedo asegurar es que tengo al alcance de mi mano trabajos que patentizan la sólida preparación de sus autores, obras que revelan profundos conocimientos en quien las escribiera.

Ignoro aún si es un bien ó es un mal, pero he de sentar el hecho; aquí no tenemos centros intelectuales. Hubo un Ateneo, y tuvo que cerrarse por falta de socios. Se trató de fundar una Academia Correspondiente de la Real Española, a semejanza de otras—no discuto ni su utilidad ni su oportunidad—y todo quedó en agua de cerrajas. Diríase que la gente que en asuntos literarios anda medida tiene horror a las asociaciones; no puedo, no quiero suponer que sea el gusanillo roedor de la envidia el que ponga trabas al sentimiento naturalísimo en el hombre a agruparse, antes bien pláceme creer que siendo todavía muy reducido el número de los cultores de las letras, aun reuniéndose, poca influencia podrían ejercer sobre la inteligencia argentina en general.

Resúmen; que el castellano en la Argentina, lejos de bastardearse más y más cada día, lo que nada tendría de particular, si se recuerdan las causas apuntadas, tiende a pulirse, a perfeccionarse, y esto se nota no solo en el libro sino en la hoja diaria; que los que soñaron un día en un idioma especial—y aislador—para los rioplatenses se convencieron de que perdían lastimosamente el tiempo; y que la producción argentina, con ser diminuta, porque pequeño es aún el país en cuanto al número de lectores, debe ya tenerse en cuenta cuando se pase en revista el movimiento intelectual de la América de origen español.

Ceñí ideas y apreté conceptos para no alargar este escrito. Ocasión no faltará ciertamente para decir lo mucho que puede decirse.

R. MONNER SANS

Buenos Aires á 2 de Junio de 1912.

NÚMERO GRAMATICAL

La extensión del significado de las palabras se limita con la idea de cantidad numérica. La cual en el lenguaje no aumenta ni disminuye el número de caracteres comprendidos en la significación de cada vocable, ni determina cuál o cuales sean los objetos designados; sino cuántos son en número. El que sea uno solo o sean dos, tres, muchos o pocos hombres, por ejemplo, no afecta en modo alguno a los caracteres que comprende la idea general de hombre, ni a las cualidades que distinguen a unos, de otros hombres.

Las palabras apelativas o que designan géneros o especies se pueden referir a uno solo o a más de uno de los seres o individuos de la especie, sin alterar por eso su significación cualitativa. Los procedimientos empleados en el lenguaje para indicar si es uno solo o más de uno el objeto que se expresa, constituyen lo que se entiende por número gramatical. Designa, pues, el número gramatical la cantidad de seres o individuos, sin afectar en nada a la cualidad o modo de ser de los mismos.

La idea más rudimentaria de la cantidad numérica es la de singularidad y pluralidad, sin determinación de número; y por esto sólo se distinguen en general dos números gramaticales: el singular, que expresa un solo objeto o individuo, y el plural, que indica varios.

La multiplicidad o pluralidad puede ser indeterminada, como cuando se dice, por ejemplo, *las aves, los árboles, ellos, vosotros*, y puede también estar determinada por algún numeral que acompañe a la forma de plural, como cuando se dice: *dos sortijas, ocho libros, quince cartas*.

Otro modo de determinación de la pluralidad resulta cuando se designan objetos cuyo número preciso es conocido porque forman

en su conjunto una individualidad o unidad especial, como cuando se dice: *un par de zapatos, los quevedos, tus gemelos de teatro, los dedos de ambas manos, mis padres*, y otros plurales de expresiones semejantes, que implican números determinadamente conocidos.

Cuando los objetos de esta pluralidad determinada sin expresión de números cardinales son dos y forman conjunto simétrico, como *los ojos, las manos, las orejas, &*, el número gramatical adopta entonces en algunas lenguas una estructura especial característica y recibe el nombre de *dual*.

Existen también otros plurales de cierta determinación, principalmente en las lenguas americanas, como es, por ejemplo, la forma de *nosotros* que incluye a la 2.^a persona *tú*, y la que no incluye más que la 1.^a y 3.^a personas.

Fácilmente se comprende la complicación de estas peculiares formas de plural, que con sentido muy práctico van siendo abandonadas por los pueblos, pues no son indispensables sus especiales estructuras, y pueden ser cómodamente sustituidas por otros medios más expeditivos.

Veamos ahora los diversos procedimientos de que las lenguas se han servido y se sirven para designar la cantidad numérica más o menos determinada.

El plural indeterminado se puede expresar de varias maneras. En las lenguas monosilábicas y aglutinantes se agrega ordinariamente a la palabra apelativa otra que indique la idea indeterminada de la pluralidad. Así en chino dicen *gente multitud*, por *gentes*; en melanesio, *multitud hombre*, por *hombres*. Este medio expresivo del plural suele encontrarse también, aunque modificado además por la estructura propia de nuestros plurales, en algunos ejemplos de nuestras lenguas: así en francés se dice *mucho de hombres, poco de mujeres, cantidad de objetos*. Pero en estos ejemplos, como cuando en castellano se dice, *muchos hombres, pocas mujeres*, se determina ya en cierto modo, aunque vagamente, la cantidad numérica, y así se constituye una expresión de pluralidad intermedia de la determinada e indeterminada.

El procedimiento general de expresar la pluralidad por la agregación a la palabra apelativa de otra palabra adyacente que signifique más o menos vagamente la cantidad numérica, puede presen-

tar diversas formas o variedades. Unas veces la palabra que indica la pluralidad va delante de la apelativa, como en melanesio: *multitud hombre*. Otras va despues, como en el ejemplo traducido del chino: *gen e multitud*. En otros casos la palabra apelativa, no solamente va acompañada de la expresiva de pluralidad, sino también modificada su estructura con el signo o flexión característica de plural, como en nuestros plurales determinados, *cuatro hombres, ocho mujeres*. O bien, van modificadas en su estructura, tanto la apelativa como la adyacente, según se ve en nuestros plurales vagamente determinados, *muchos hombres, pocas mujeres*. O en fin, conservándose la palabra adyacente en singular por su estructura, lleva la apelativa en plural, unida a ella por medio de otra palabra que sirve de nexo y recibe el nombre de preposición, como en los ejemplos del francés, *mucho de hombres, cantidad de objetos*.

El otro método expresivo de la pluralidad indeterminada es el indicado de modificar la estructura de la palabra, y puede presentar diversas variedades: 1.^a Cambio de vocablo o modificación de su radical, como en algunas palabras alemanas, y en nuestros pronombres, *yo, nosotros, tú, vosotros*. 2.^a Empleo de prefijos, como en algunas lenguas aglutinantes. 3.^a Empleo de sufijos, como en todas las lenguas indoeuropeas o de flexión. 4.^a Reduplicación de la sílaba inicial o de la final.

Alguna vez la estructura de la palabra no varía para la expresión de la pluralidad, sino que ésta se deduce de otras palabras del contexto, cual ocurre con nuestros pronombres *si, se*, y otros vocablos que no admiten forma de plural, como en los ejemplos siguientes: *los que se encolerizan se dañan a si mismos, estos guantes no dan de si, no las tienen todas consigo, han llegado los Pérez, los hermanos Quintero han estrenado otra comedia, vamos al teatro todos los martes y los jueves; las dosis, los éxtasis, las diéresis, &*.

El plural determinado se puede expresar: acompañando la palabra apelativa, de otra palabra numeral o que signifique un número más o menos determinado, como cuando decimos, *cuatro plumas, un par de medias, unos guantes, mis padres, &*. o empleando una desinencia o prefijo u otra variación de la palabra, como en varias lenguas se expresa el dual, es decir, el conjunto que por

naturaleza forman algunos objetos simétricamente dobles, como son *los ojos, los pies, las manos, &c.*

Juzgamos innecesario el análisis de otras combinaciones más o menos caprichosas o anómalas para expresar la pluralidad: tienen poca aplicación y ninguna ventaja, pues todos ellos no hacen más que complicar innecesariamente los procedimientos y recargar el lenguaje con una multitud de palabras y formas que dificultan y embrollan la expresión.

Si los procedimientos son muy diversos, las reglas de formación de los plurales en cada lengua especial suelen ser complicadísimas y llenas de tranquilas y excepciones enredosas. ¡Cuánto tiempo pierde el hombre insensatamente en su carrera, y cuánto recarga por torpeza su labor en esta vida de fatigosas e incesantes penalidades! ¡Y no tratan de poner el remedio posible, ni en ello paran mientes siquiera, ni las medianías ni las eminencias de nuestra intelectualidad! ¡Ciegos, que no ven en el perfeccionamiento del lenguaje el medio más adecuado de mejorar la vida en todos sentidos, emancipando al hombre del trabajo a que lo condena su ignorancia!

JOSÉ RAMÓN

Los disparates gramaticales

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y SU CORRECCIÓN

por F. Robles Dégano

Su precio: Una peseta, en la librería de Fernando Fe.

MADRID.

B. PÉREZ GALDÓS

FILÓLOGO

Como Zola en un prólogo á su primer tomo de los Rougon Maquard, pudo Galdós haber escrito, refiriéndose al lenguaje, un párrafo concebido en estos o parecidos términos: «mis novelas han de contribuir mucho al estudio del castellano, porque me he tomado la molestia de estudiar el que el pueblo habla, el léxico oficial rechaza, y los escritores pulidos consideran vulgarote y despreciable». Zola ha enriquecido la gramática y el diccionario más él solo, que cien académicos; ha dado a la filología más elementos de estudio que decenas de autores tenidos por castizos, y no llegó a sentarse en las poltronas de la Academia, para ignominia de ésta, por más que él diera unos pasos que no necesitaba. Sólo en concepto de hablista, merecía Galdós su puesto en lo que dan en llamar (no sé porqué) «sábía corporación».

Galdós, como filólogo, nos explica el proceso de perfeccionamiento en el lenguaje de su advenedizo plebeyo. Su famoso Torquemada larga inmensos párrafos plagados de frases cada vez más brillantes, pescadas en el periódico, en las cortes, entre gente fina, y sacadas a relucir con arte en el curso de su palabrería. Llega el obligado discurso político del festín, el muy tuno hace con ellas un soberbio ramillete final, y como hábil pirotécnico, lo lanza al espacio entre los aplausos del público. Ya de antiguo poseíamos una gramática parda nacional. Hoy, recogiendo las palabras y frases subrayadas por Galdós, tarea que algún alcmán llevará a efecto indudablemente, puede disponerse de un diccionario *pardo* al alcance de todas las inteligencias. Un francés dice: «Quand donc se mettra-t-on à dépouiller, au point de vue lexicographique, des auteurs tels que Galdós, par exemple, qui représentent le mieux le langage vivant de la seconde moitié du XIX^e siècle»? Un servidor tiene hecho ese inmenso y necesario trabajo.

En cuestión de dialectos, especialmente el montañés, es también filólogo Galdós, si bien a veces se distrae, v. gr. en la Fontana de Oro, donde hace hablar a una vizcaína en un lenguaje que no se parece ni remotamente al de su tierra, y en cambio a Clara, que no es vizcaína, le hace decir «yo, lo que deseo es vivir... *pues*»; «ser buena y...», como en país de chimbos.

Tocante a etimología, no es tan afortunado como un sabio colega suyo, quien da quince y raya, no sólo a Galdós sino a todos los etimologistas habidos y por haber. La procedencia de *Orbajosa*, de *urbs augusta*, merece ocupar un puesto oficial en el diccionario al hacer constar la «naturalidad» de sus habitantes. *Orbajoseño*, natural de Orbajosa». En el tal léxico hay una soberbia colección de orígenes que le hacen a uno caer patas arriba. Los eruditos modernos que derivan *ajosa* de *ajo*, por ser Orbajosa la patria de los mejores ajos del mundo, esos sí son etimólogos de veras; solo que no han echado de ver una particularidad, la confusión de sufijos, pues en un principio debió de llamarse Orbajera, esto es, *ajera* del *Orbe* terráqueo (!).

Con respecto a la ortografía, la trama Galdós contra los intereses pecuniarios del tacaño Torquemada, el cual, lejos de poder ahorrarse los acentos en los vocablos terminados en *n* y *s*, tiene que echar su chorradita de tinta en los acabados en *z*, una reforma que le han de agradecer seguramente cuantos se pirren por la estética gráfica.

Si llegan a crear una cátedra de Lingüística del Congreso, me atrevo a confeccionar el texto con *Torquemada* y *San Pedro*, el «Diario de Sesiones» y *El amigo Manso*. El glosario de frases sería riquísimo. Y el de profundos pensamientos, enorme. Véanse muestras: «las cosas se caen del lado a que se inclinan», «la situación de la atmósfera obligará a los diputados a marcharse». Al final pondría esta nota: «antes de imprimirse los discursos, se los limpia, fija y da esplendor, y ni el diputado que los parió los conoce», observación semejante a la que hace el diputado correveidile de *La Insípida*.

A mediados de siglo, como si lo viera, habrá toda una literatura Galdosiana, en que se considerará a nuestro autor como artista, filósofo, moralista, pedagogo, etc., y la Academia (si es que existe aún) concederá medalla de oro y dos mil pesetas al autor de una obra titulada «Gramática y Vocabulario de Torquemada».

DR. P. DE MUGICÁ.

REMIENDOS A LA ACADEMIA

Acentos—Por lo que seguramente ha de interesar a nuestros lectores el asunto sobre que versa, publicamos a continuación una razonable y razonada instancia dirigida por nuestro estimado Director al de la Real Academia Española de la Lengua, en consulta sobre determinadas dificultades ortográficas.

A la letra dice así:

•Excmo. Sr. Director de la Real Academia Española de la Lengua.

Don Ramón Robles Rodríguez, Licenciado en Filosofía y Letras e individuo del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; vecino de esta Corte, domiciliado en la calle de la Magdalena, n.º 27; con cédula personal de quinta clase, n.º 6766 del ejercicio corriente, a V. E. con la mayor consideración y debido respeto expone:

Que se le ocurren muy numerosas y frecuentes dudas gramaticales en el empleo y la enseñanza de la lengua castellana; y no habiendo más autoridad oficialmente reconocida, para cuanto con nuestra lengua hablada y escrita se relaciona, que la de la Real Academia Española; autoridad de que empezó a gozar la Academia de la Lengua por decreto público de 23 de mayo de 1714, y en la que ha sido sucesivamente confirmada por ley de 9 de septiembre de 1857, que establece como texto obligatorio y único para la enseñanza y régimen de nuestra lengua la *Gramática y Ortografía de la Real Academia Española*; por Real decreto de 26 de febrero de 1875 y Real orden de 18 de diciembre de 1895, y demás disposiciones vigentes que declaran oficiales los textos de aquella docta Corporación, y principalmente las últimas ediciones de la *Gramática* y el *Diccionario* que la Real Academia periódicamente viene publicando, con notables y a veces capitalísimas modificaciones y rectificaciones de sus mismos preceptos; por consecuencia ha estudiado el que suscribe con la mayor atención y deteni-

miento los referidos textos oficiales en sus últimas ediciones, y, ya por deficiencias de los mismos, ya más probablemente por torpeza o escasa capacidad del exponente, no ha podido esclarecer todos los puntos de su ignorancia, algunos de los cuales afectan esencialmente al uso constante que del castellano debe hacerse en el empleo oficial de nuestro idioma.

Es práctica corriente - y siempre atendida - el pedir aclaración de las disposiciones y preceptos obligatorios que ofrecen dudas o presentan dificultades en su aplicación y ocasionan perjuicios considerables en sus resultados, lesionando indiscutibles intereses generales o particulares. Los preceptos de la Real Academia, a fuer de obligatorios, pueden hallarse en este caso con respecto al interés común de la cultura nacional, lastimando legítimos anhelos que muchos sienten por el progreso de nuestro idioma patrio, y siendo rémora, aunque involuntariamente por parte de la Academia, del más rápido desarrollo y más cabal perfeccionamiento de éste, a consecuencia de la lentitud con que, por la misma índole de su publicación, se suceden unas a otras las ediciones de los libros en que la Academia limpia, fija y da esplendor al lenguaje con las acertadas y sabias reformas de sus reglas gramaticales; reformas que son indispensables en la natural evolución de nuestra lengua, bastante más rápida que la sucesión de aquellas ediciones.

En este afán de perfección, y en razón al deber apuntado, desearía el exponente resolver algunas dudas sobre dificultades gramaticales y principalmente ortográficas, que entorpecen la buena marcha en el mejoramiento orgánico de nuestra lengua hablada y escrita, que dificultan la exposición y comprensión de nuestros conceptos, que son causa de un derroche, tan innecesario como repetido, de tiempo y energías, derroche que va en perjuicio de la cultura y prosperidad general de la nación. Estas numerosas dificultades podrán ser objeto de diversas y sucesivas consultas; pero los puntos oscuros que con más urgencia convendría al solicitante que le fuesen aclarados son, entre otros varios, los siguientes:

1.º En la página 329 de la última edición de su Gramática consigna la Real Academia que no forman diptongo las vocales *ui* de los vocablos *húir* y *frucción*: por consiguiente, la palabra *frucción* consta de tres sílabas. Lo cual está en abierta contradicción con lo que se dice en la página 334. «Es tal la condición de las vocales débiles (*i, u*), que, juntándose ambas sin acento, *necesariamente* hacen diptongo».

Luego en la palabra *frucción*, que lleva el acento en la *o*, formarán diptongo las débiles inacentuadas *ui*, y la palabra será *disílaba*. ¿A cual de las dos páginas deberemos atenernos?

En el Diccionario escribe la Academia *huir* y *frucción* sin el signo de diéresis. ¿Cómo deberemos escribir esas palabras?

2.º Continuando el texto oficial de la página 334, dice: «Es tal la condición de las vocales débiles, que, juntándose ambas sin acento, necesariamente hacen diptongo; pero siempre *cayéndose y fundiéndose* la primera en la segunda. La cual, por virtud de este impulso, adquiere mayor vibración, sonoridad y *timbre*». ¿Debe enseñarse a los alumnos de Gramática que el timbre de las vocales sea susceptible de aumento y disminución?

3.º Según las escribe la Real Academia no hay manera de averiguar cómo deben pronunciarse las palabras *benjui*, *construi*, *comió*, *confió*, *copió*, *deslié*, *vaciár*, *variár*, *ajuar*, *fluctuar*, y otras semejantes. ¿Tienen dos, ó tres sílabas dichos vocablos?

4.º ¿Por qué reglas gramaticales acentúa la Real Academia, en la última edición de su Diccionario, palabras como *increíble*, *paraiso*, *ateneísta*, *caída*, *saúco*, *vizcaíno*, *oído*, *feúcho*, etc., siendo llanas terminadas en vocal? ¿Deben acentuarse las palabras llanas terminadas en vocal o en alguna de las consonantes *n* o *s*, cuando la penúltima sílaba sea alguna de las vocales débiles (ténues), *u*, *i*, y lleve el acento prosódico, estando inmediatamente precedida de otra vocal fuerte (más sonora) con la cual no forme diptongo, como en *reímos*, *roído*, *oís-te*, *leísteis*, *laúdes*, *raíces*, *paises*, *oídos*? ¿Por qué regla gramatical o precepto académico?

5.º La Real Academia escribe sin acento en su Diccionario los verbos *oir*, *reír*, *freír*, *huir*, etc., que según la regla gramatical (pág. 364) deberfán acentuarse lo mismo que *baúl*, *raíz*, *laúd*, *oíl*, puesto que no se establece excepción para los vocablos terminados en *r*. ¿Es que todos los españoles pronunciamos mal aquellas palabras haciéndolas disílabas, y la Real Academia entiende que son monosílabas?

6.º A todos los oídos españoles suena la palabra *verdegay* con las mismas sílabas que *Espelúy*; pero según se deduce de la regla gramatical (pág. 364), *Espelúy* es palabra llana y por lo tanto, tetrasílaba, y *verdegay* es aguda (pág. 363, regla 1.ª) y, por consiguiente, trisílaba. En esto se fundará sin duda la Academia para acentuar *Espelúy* y no *verdegay*. Pero las palabras *Túy* y *muy*, más parecidas aún, ¿se hallan

también en el mismo caso?, ¿es aquélla siempre disílaba y ésta siempre monosílaba?

Como los puntos oscuros de los mencionados textos académicos son muchos, habrá de limitar por hoy el solicitante la exposición de sus dudas, aun en esta sola materia de la *acentuación*, sin perjuicio de repetir sus consultas, si, como espera dé la proverbial cortesía de esa ilustre Corporación, se digna atender a los ruegos que por intercesión de V. E. se le dirijan, e instruir al público con sus luminosas aclaraciones a los mismos preceptos de su prestigiosa autoridad emanados y consignados en sus libros oficiales. Así es de esperar también que se digne hacerlo, por la misma obligación que el que suscribe tiene como empleado público y profesor privado, de acatar la autoridad de dicha Real Academia y de observar y enseñar sus preceptos: obligación que supone y legítimamente establece una recíproca y justa correlación.

En esa confianza se atreve el que suscribe a dirigirse a V. E. rogándole se sirva disponer que la presente instancia sea informada por la Real Academia Española, que tan dignamente dirige, dando su aclaración oficial y concreta a los puntos o extremos de esta consulta, y que se haga público su dictamen, por el interés general que entrañe o que de él se deduzca en beneficio de la cultura patria, o se comunique al menos particularmente al que suscribe, para su mejor acierto, la resolución adoptada por tan ilustre Corporación.

Es gracia que espera merecer de la reconocida amabilidad, cortesía y rectitud de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid, once de agosto de mil novecientos doce.

Excmo. Señor
Ramón Robles

Oportunamente daremos cuenta a nuestros lectores de la resolución de la Real Academia.

ANÁLISIS GRAMATICAL INTUITIVO

Cuando { asoma
 { primavera
 { que
 { retorna

 { se
 { engalanan
 { en { los
 { montes
 { los
 { almendros
 { vistiendo
 { su
 { albo
 { ropaje,
 { se
 { inclinan
 { y entrelazan
 { sus
 { varillas
 y { el
 { bajo { peso
 { las
 { de { flores
 { olorosas
 { tejiendo
 { lindas
 { guirnaldas.

{ Huye
 { y eléjate
 { pronto
 { si { quieres
 { obtener
 { victoria.

D { el
 { (más
 { hermoso
 { clavel,
 { pompa
 { un
 { de { jardín
 { ameno,

 { el
 { (áspid
 { saca
 { veneno;
 { la
 { (oficiosa
 { (abeja,
 { miel.

 { El
 { padre
 { dió
 { hoy
 { un
 { libro
 { a { su
 { a { hijo
 { con { gran
 { satisfacción
 { y alegría.

{ En { las
 { luchas
 { de amor
 { se
 { vence
 { huyendo.

INFORMACIÓN

CONCURSO TAQUIGRÁFICO Y MECANOGRÁFICO.— Con ocasión del X Congreso Internacional de Estenografía y Exposición Estenomecanográfica, que se verificará en Madrid del 28 de septiembre al 2 de Octubre del corriente año, la Comisión organizadora anuncia dos grandes concursos, con sujeción a estas bases:

El de taquigrafía (al que no podrán presentarse los taquígrafos oficiales), se compondrá de tres ejercicios: uno de 90 palabras por minuto, otro de 120 y otro de 140, como *mínimum*. Si, a juicio de la Comisión, hubiese suficiente número de extranjeros inscriptos, se celebrará un campeonato intermetódico internacional de lengua española, mediante un ejercicio a más de 150 palabras por minuto. A este campeonato podrán optar todos los taquígrafos parlamentarios oficiales o particulares, sin excepción alguna. Cada ejercicio durará cinco minutos.

Los derechos de inscripción serán: en el primero, una peseta; en el segundo, dos, y en el tercero, tres.

Los inscriptos en el campeonato no pagarán derechos.

Los premios serán: de 50 pesetas y *accésit* de 25; de 100, y 50; de 200, y 100 respectivamente. Para el campeonato, medalla de oro.

El de mecanografía consistirá en un ejercicio de copia de un original impreso en lengua castellana, que se entregará a cada concursante en el momento de comenzar aquél, el cual durará veinte minutos.

Los derechos de inscripción serán dos pesetas.

Habrà un premio de 100 pesetas, con el título de campeón, y un *accésit* de 50.

El Secretario general, don L. R. Cortés, plaza de los Ministerios, 1, Madrid, suministrará cuantos datos se le pidan.

TRIBUNALES DE OPOSICIONES.— Han sido nombrados los siguientes tribunales para juzgar las oposiciones a las cátedras de lenguas que a continuación se relacionan:

Latín del Instituto de Córdoba, entre Auxiliares. Presidente: D. Ismael Calvo, Consejero; Vocales: D. Ramón Menéndez Pidal, Académico; D. Francisco A. Commelerán y D. Nicolás Díaz López, Catedráticos; D. Victoriano Nuño Beato, Competente. Suplentes: D. Francisco Code-ra, Académico; D. Hilario del Olmo y D. P. Gazapo; y D. Emilio Parral Blesa, Competente.

Francés de los Institutos de Teruel y Lérida, en oposición libre. Presidente: D. Eduardo Vincenti, Consejero; Vocales: D. Jacinto Octavio Picón, Académico; D. Fernando López Monis y D. Luis Ferbal, Catedráticos; y D. Prudencio Sánchez Infante, Competente. Suplentes: D. José Alemany, Académico; D. José María Castilla y D. Segundo Sabio, Catedráticos, y D. Antonio Peralta, Competente.

Francés del Instituto de Tarragona, entre Auxiliares. Presidente: D. Eugenio Sellés, Marqués de Gerona, Consejero; Vocales: D. Jacinto Octavio Picón, Académico; D. Eduardo Ugarte y D. Luis Ferbal, Catedráticos; D. Luis Tramoyero, Competente. Suplentes: D. José Alemany, Académico; D. José María Castilla y D. Segundo Sabio, Catedráticos; y D. Antonio Peralta, Competente.

Alemán de la Escuela de Comercio de Tenerife, entre Auxiliares. Presidente: D. Eduardo de Hinojosa, Consejero; Vocales: D. Miguel Mir, Académico; D. Manuel Alemany y D. Benito Ganzo, Catedráticos, y D. Pedro Rodríguez, Competente. Suplentes: D. Francisco Fernández González, Académico; D. José Molina y D. Juan San Emeterio, Catedráticos, y D. Julio Casares, Competente.

REFORMA DEL CALENDARIO.—En breve se celebrará en Ginebra una Conferencia internacional para estudiar la reforma del Calendario.

Según se proyecta, el año tendrá trece meses, en lugar de doce: enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, solar, agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre.

Cada mes será de cuatro semanas, y cada semana de siete días.

El año tendrá, pues, trescientos sesenta y cuatro días, más uno llamado «año nuevo», colocado entre el 28 de diciembre y el 1 de Enero, que no pertenecerá ni a mes ni a semana.

CONGRESO DE ESPERANTISTAS.—Del 11 al 18 del corriente mes de agosto se verificará en Cracovia el VIII Congreso internacional de esperantistas. A este congreso asiste el inventor del Esperanto Dr. Zamenhof. Tememos que este octavo congreso de esperantistas sea el de clausura para el Esperanto.

BIBLIOGRAFIA

En esta sección se dará nota bibliográfica de todo libro de asuntos lingüísticos, siempre que para dicho objeto se reciba un ejemplar en las oficinas de esta revista.

ANDREU (RAMÓN)=Tratado de Tipokigrafía, o sea, escritura taquigráfica con la máquina de escribir.--Madrid, 1911 -- 4.º de 18 pgs.

BARONA CHERP (MANUEL)=Compendio de Prosodia y Ortografía.--Gerona, Vda. e Hijo de Franquet, 1911 -- 8.º de 50 pgs.

CEJADOR (JULIO)=Familia de palabras venida a menos.-- En *La Lectura*, Julio de 1912. pgs. 268 a 275.

FARNÉS (SEBASTIÁN)=Curso teórico de Taquigrafía castellana, sistema Garriga.--Barcelona, Hijos de D. Casanovas, 1911. -- 8.º de 55 pgs.

GARCÍA VALIENTE (CÉSAR)=Método de escritura y ortografía.--Ciudad Real, R. Clemente, 1911 -- 4.º ap. de 39 pgs. con 7 láms.

IBERO (JOSÉ M.)=Fundamentos psicológicos de las afasias, (Conclusión). --En la revista *Razón y Fe*, Agosto de 1912. -- Pgs. 461 a 472.

LACOME (CARLOS)=El francés castizo del siglo XX.--Valladolid, A. Martín, 1910 -- 4.º de 461 pgs.

PESADO BLANCO (SERGIO)=Educación de los sord mudos en las Escuelas municipales de primera enseñanza.--Madrid, Impr. del Colegio Nacional de Sordomudos y de Ciegos, 1912 -- 26×16 de 31 pgs. 1 pta.

RÍN Y FORASTER (JOSÉ)=Gramática elemental de la Lengua castellana.--Pamplona, Vda. de Velandía, 1911.-- 8.º de 318 pgs.

ROMÁN (MANUEL ANTONIO).---Diccionario de chilenismos y de voces y locuciones viciosas. Tomos I y II: A-F.---Santiago de Chile, Imp., San José Condell, 1901--1911.---2 vol. en 4.º, de XIV--538 páginas y XIV--438 páginas.

SCHNITZLER (DR. HERMANN.)---Nuevo método para aprender el alemán.--Friburgo, Herder.--8.ºm. de 279 pgs.

SIMPLIO: contributo al studios dil internationelingo pem simpligitte foneticegrafice sistemo.---Roma, Tip. Italia, 1911.---8.º de XXXII--140 páginas.

SORRENTO (LUIGI).---Introduzione allo studio dell'antico sicilia: o con un saggio sulla sintassi del pronome.---Milano, Albrighi e Segati, 1912.---36 pgs.

VERRIER (P.) - Questions de métrique anglaise. - En la *Revue de l'enseignement des Langues vivantes*, números de Febrero y Marzo de 1912.